



Investigar en el siglo XXI

JULIA ALMEIDA PARRA

LA UNIVERSIDAD de Salamanca es sinónimo de historia viva y formación en todos los saberes. Como universidad generalista, afronta múltiples miradas del conocimiento y puntos de vista muy ricos para el debate y para la creación. Estos logros han sido posibles gracias al esfuerzo y dedicación de los que nos precedieron en nuestra universidad, que fueron capaces (y son capaces) no solo de transmitir conocimientos, sino fundamentalmente de producirlos, a través de la investigación. La Universidad de Salamanca es referente en investigación en múltiples campos, tanto de las Ciencias en sus diversas vertientes como en Humanidades, gracias a investigadores que desarrollan su actividad en el seno de grupos de investigación o en institutos de investigación, que gozan de prestigio nacional e internacional.

Para mantener y aumentar el liderazgo investigador de cualquier universidad, y por supuesto de la Universidad de Salamanca, debemos disponer de la masa crítica de investigadores necesaria, especialmente en sus vertientes más dinámicas. Se precisan investigadores jóvenes que aseguren el futuro, y de grupos de excelencia multidisciplinares, capacitados para liderar con éxito proyectos de envergadura. A su vez, para asegurar la disponibilidad de esta masa crítica, son clave los instrumentos que se pongan a disposición de los investigadores, y la magnitud y rapidez con la que se lleve a cabo.

La investigación es una actividad extraordinariamente costosa, tanto en re-

ursos humanos como materiales, y resulta por tanto esencial disponer de una financiación adecuada, que favorezca la incorporación (y estabilización) de talento en grupos, departamentos, e institutos de investigación, que promueva el desarrollo de programas específicos de ayuda al investigador, que provea de infraestructuras científico-tecnológicas punteras de uso compartido, que facilite apoyo administrativo en la gestión a los investigadores, etc. En definitiva, que impulse una investigación de calidad encaminada a aumentar el conocimiento y a resolver problemas de la sociedad a través de la innovación.

Al fin, el objetivo de la innovación debe ser su aplicación útil en beneficio de los ciudadanos, en todas las disciplinas del conocimiento; este retorno a la sociedad de la inversión en investigación ya lo entendió D. Santiago Ramón y Cajal, nuestro más grande científico de todos los tiempos: "Tras la ciencia original vendrá la aplicación [industrial] de los principios científicos, pues siempre brota al lado del hecho nuevo la explotación del mismo, es decir, la aplicación al aumento y a la comodidad de la vida" (El Liberal, 26 de octubre de 1898).

Podríamos decir por tanto que la inversión en investigación constituye uno de los indicadores más fidedignos del desarrollo de una sociedad, de su bienestar, y sobre todo, de sus perspectivas de futuro.

Es de todos conocido que desde 2008, hemos sufrido (la sociedad española ha sufrido!) una reducción notable del pre-

supuesto público para investigación; esta disminución presupuestaria ha llevado a que muchos investigadores españoles hayan tenido que reducir, cuando no interrumpir, su actividad investigadora. Tras casi una década de "recortes", (que se ha estimado en una caída desde 2009 del 40% de los fondos destinados a investigación, e incluso superior al 45% en ciertas áreas del saber), los indicadores generales de la macroeconomía apuntan a una cierta recuperación.

Este puede ser un momento idóneo para reflexionar sobre la naturaleza del cambio que requiere la investigación. Se necesita dinero, es cierto; pero no solo es cuestión de aumentar la financiación, sino que el aumento de fondos debe ir acompañado de una planificación de cómo queremos (y para qué queremos) impulsar la investigación. Es fundamental, por tanto, tener y ejecutar un plan estratégico adecuado. Dicho plan debe asentarse sobre un cambio cultural profundo que subyace al modelo de organización de la investigación del futuro, y debe afectar a investigadores, instituciones, mundo empresarial, gobernantes y la propia sociedad. Todos hemos de ser conscientes de cuáles son los objetivos últimos de la investigación; por tanto, es preciso garantizar que los recursos se utilicen de manera eficiente, para lograr que la investigación se traduzca en una mejora del bienestar de la sociedad. No podemos pagar investigadores "autosuficientes", que lleven a cabo gestas en solitario; ahora lo que hace falta es impulsar el trabajo sistemático de equipos multidisciplinares que desarrollan su actividad en colaboración con otros grupos nacionales e internacionales. Es preciso además que cuenten con una amplia base de investigadores predoctorales y posdoctorales en equipos con instalaciones y medios suficientes. Se trata de sumar sinergias y evitar en lo posible duplicidades innecesarias o un uso ineficiente de las infraestructuras. Y detrás de estos cambios en la forma de hacer investigación, tiene que estar el convencimiento de toda la sociedad de que no hay futuro sin investigación.

Como miembro investigador de una comunidad universitaria, tengo además el convencimiento de que una investigación de calidad y con proyección nacional e internacional, sin duda refuerza y mejora la docencia; es beneficioso para la formación de los estudiantes.

Desde cualquiera de las áreas de conocimiento de la Universidad cabe impulsar una investigación que mejore las aportaciones más actuales de la docencia a impartir. De este modo, docencia e investigación se alimentan entre sí y logran, yendo de la mano, un saber más real, más práctico, más valioso. Apoyar desde la docencia la cultura de la investigación en los estudiantes desde los inicios de su formación, y con ello facilitar a los profesores la investigación en su campo de acción pedagógica, debe ser una cualidad nuestra como docentes e investigadores, de nuestro sentido del deber profesional, que aporte valor añadido a nuestra secular universidad.

Desde cualquiera de las áreas de conocimiento de la Universidad cabe impulsar una investigación que mejore las aportaciones más actuales de la docencia a impartir. De este modo, docencia e investigación se alimentan entre sí y logran, yendo de la mano, un saber más real, más práctico, más valioso. Apoyar desde la docencia la cultura de la investigación en los estudiantes desde los inicios de su formación, y con ello facilitar a los profesores la investigación en su campo de acción pedagógica, debe ser una cualidad nuestra como docentes e investigadores, de nuestro sentido del deber profesional, que aporte valor añadido a nuestra secular universidad.

La investigación trasladada a nuestras aulas como tiempos dedicados por los estudiantes -bajo la tutela de sus profesores- a la exploración, búsqueda, análisis y extracción de conclusiones que apoyen las bases teóricas de cada área, puede ser el mejor acicate para la creación de mentalidades científicas, humanísticas, artísticas, de creación y de emprendimiento. Y tenemos que saber detectar este talento en nuestras aulas; son nuestro recambio, un tesoro que debemos reincorporar a la Universidad para beneficio de la sociedad.

Julia Almeida Parra es profesora titular de la Universidad de Salamanca.